

peligro, y afianzar con su proteccion la seguridad de los que le formaban la vanguardia.

El ejército se puso en marcha.

El héroe de esta historia ordenó á los guias que se apartasen del camino real, para volverle á cobrar con el nuevo dia.

Con estas precauciones, y en medio del mayor sigilo, caminaron poco más de media legua sin encontrar obstáculo alguno que se opusiera á sus designios.

Pero al entrar en tierra más quebrada y montañosa dieron los batidores en una celada, que no supieron encubrir los mismos que procuraban ocultarse.

Multitud de indios bajaban de los montes y salian de las malezas, acometiendo por los costados.

Hernan Cortés no tardó en destruirlos.

Con la misma molestia caminó el ejército otras dos leguas, y poco antes de amanecer se hizo alto en otro adoratorio.

Descansaron un momento, y continuaron su expedicion, perseguidos siempre por los indios, aunque á bastante distancia.

Dos leguas más adelante se descubrió un lugar, al parecer de considerable poblacion, y Hernan Cortés le eligió para alojamiento.

Al aproximarse le encontraron completamente desierto.

En las casas hallaron abundantes víveres, que aprovecharon instantáneamente para reparar sus fuerzas.

Dos dias se detuvo allí el ejército, más que con el objeto de descansar, con el de atender al cuidado de los heridos.

Hicieron otras dos marchas los españoles, entrando en terreno de mayor aspereza y esterilidad todavía.

Al terminar estas últimas jornadas, la situacion de aquellos valientes conquistadores fué desesperada.

La lluvia caía á torrentes, y no encontraban donde guarecerse.

El hambre y la sed los devoraban, y la cangoja y el desaliento se pintaba en todos los semblantes.

Sin reparar en el riesgo que corrian, porque abundaban las plantas venenosas, comian con ánsia las yerbas y las raíces que encontraban.

Uno de los caballos que murió aquel dia sirvió para regalar el paladar de los que necesitados estaban de alimento.

Prosiguió avanzando el ejército, y no tardó en llegar á un pequeño lugar, pero de pintoresco aspecto.

Sus habitantes franquearon la entrada sin oponer la menor resistencia.

Obsequiaron á los españoles con cuantos víveres tenían y hasta acudieron á otros lugares cercanos para agasajarlos con mayor esplendidez.

Este era un nuevo ardid de que se servian para que se acercasen confiados los españoles al lazo que les tendian.

Por la mañana se dispuso el ejército para subir la cuesta que declinaba en el valle de Otumba.

Era indispensable atravesar dicho valle para tomar el camino de Tlascala.

Los españoles no se explicaban por qué razón los indios que venían siguiendo la expedición manifestaban en sus gestos y en sus gritos la alegría de que estaban poseídos.

Pero Marina, que iba al lado de Cortés, y que veía siempre por el triunfo de los españoles, fijó su atención en las exclamaciones de aquellos salvajes, y oyó que decían:

—Andad, tiranos, que presto llegareis á paraje en donde no quede uno solo vivo.

La amante del caudillo le comunicó el descubrimiento que acababa de hacer.

—Cortés, esposo mio,—le dijo,—un terrible peligro nos amenaza. Esa alegría que demuestran los indios es por que nos aproximamos á una nueva catástrofe.

—¿En qué te fundas, mi buena Marina?

—Acabo de saber que nos tienden un lazo. Tal vez en el valle próximo encontremos fuerzas mejicanas que destruyan á tu valiente ejército.

Yo bien sé que no es posible retroceder; pero te suplico, amor mio, que evites si es posible un nuevo encuentro, que medites el partido que se debe tomar. Si tú murieras, ¿qué sería de mí? ¿Qué de nuestro desgraciado hijo!

—Tranquilízate, Marina. El cielo, que nunca nos

ha abandonado, nos prestará nuevo auxilio para arrostrar los peligros que nos amenazan.

—No pierdas tiempo, Cortés; comunica á tus soldados la situación de que nos encontramos; ánimoles con tu elocuente voz, que estén preparados para la lucha, porque un presentimiento fatal me dice que ha de ser desastrosa.

Cortés mandó hacer alto á su ejército, y ordenó que una avanzada se adelantase á la entrada del valle.

Los batidores volvieron con la noticia de que le tenían ocupado los enemigos, y defendía la entrada por un formidable número de guerreros.

Los mejicanos habían cortado la retirada á los españoles, y ocupaban el llano de Otumba.

Habíanse reunido todos los de las diferentes tribus, y su ejército se componía de más de doscientos mil hombres.

Para animarlos y dirigirlos en la lucha, se hallaba en el centro de las tropas el capitán general del imperio.

Cuatro indios de los más corpulentos le sostenían en un especie de palanquin, y desde allí daba órdenes, que todos obedecían con la mayor disciplina.

Con su diestra empuñaba el estandarte real.

Componíase de una especie de red de oro macizo, pendiente de una pica.

El remate le formaba plumas de diversos colores, y en el centro había preciosamente cincelados algunos geroglíficos.

Hernán Cortés arengó á sus soldados, y fué tan

elocuente su discurso, que no le dejaron acabar.

Todos de nuevo desearon medir sus armas con los mejicanos; todos manifestaron que eran dignos hijos de la patria en donde habian nacido.

El caudillo avanzó al frente del escuadron, teniendo cuidado de reforzar los costados y de proteger la retaguardia.

Invocó en seguida al apóstol San Pedro, como tenían de costumbre, y cayó con tal fuerza sobre sus enemigos, que de la primera embestida destrozó á los que defendian la entrada del valle.

Las espadas y las picas no dieron tiempo á los indios á servirse de sus armas.

Cada golpe de los españoles dejaba fuera de combate al que le recibia.

Los tlascaltecas se arrojaban como tigres sobre sus contrarios.

Pero no desmayaban por eso los mejicanos.

Retrocedian cuando se acercaban los caballos, y volvian de nuevo á empeñarse en la lucha.

Cortés acudia á todas partes, y con su lanza sembraba el luto y el terror en las filas de los desnudos indios.

Pero en medio de la embriaguez de la pelea, le contristaba las consecuencias que podian sobrevenir.

Las fuerzas de sus soldados se agotarían fatalmente en aquella desesperada lucha, y esto le horrorizaba.

En aquel momento una idea cruzó como un relámpago por su imaginacion.

Recordó haber oido referir á los mejicanos que el conservar ó perder el estandarte real decidia sus victorias ó las de sus enemigos.

A partir de aquel instante, todos sus esfuerzos se dirigieron á apoderarse de aquel trofeo de guerra.

Confaba en el éxito, porque recordaba el pavor que infundian los caballos en los mejicanos.

Llamando á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila, les comunicó el proyecto que habia concebido.

Todos se aprestaron á ayudarle en aquella arriesgada empresa.

Hernan Cortés les ordenó lo que debian hacer, y un momento despues embistieron á media rienda por la parte ménos defendida que conducia al centro del ejército enemigo.

Retiráronse los indios al ver aproximarse los caballos, y antes de que se repusieran de su sorpresa, atropellando á cuantos hallaban al paso, llegaron sin detenerse al paraje en donde se encontraba el capitán general del imperio.

Una vez allí, Hernan Cortés le dió tan terrible lanzazo, que al primer bote le sacó fuera del palanquin, cayendo en tierra y sufriendo una mortal herida.

Un soldado, llamado Juan de Salamanca, que se hallaba cerca del caudillo, se apeó de su caballo, y arrebatando de manos del general de los mejicanos el estandarte, le asestó un golpe que le dejó sin vida, y

despues entregó á Cortés aquel trofeo que tanto estimaba sus contrarios.

Era Salamanca persona de calidad, y al regresar á España premió el monarca su hazaña, concediéndole algunas mercedes y autorizándole para que usara en su escudo de armas, como emblema de su valor, el penacho que coronaba el estandarte.

Los mejicanos, al ver en poder de los españoles las insignias de su imperio, abandonaron las armas y corrieron despavoridos á refugiarse en los bosques.

Los fugitivos ocuparon tambien los montes vecinos, y en breve término quedaron los españoles dueños del campo.

Cortés consignó á su ejército dos horas de saqueo. El botín fué considerable.

Del ejército mejicano murieron más de veinte mil hombres.

Del de Cortés sólo murieron tres, y hubo además unos cuarenta heridos y contusos.

El ilustre caudillo recibió una pedrada, que abollando su armadura, le produjo una ligera escalabrada.

Mientras que los soldados se entregaban al saqueo y registraban á los mejicanos que habian quedado en el campo de batalla, algunos de los fugitivos conversaban en las cumbre de las montañas.

—¿Quién habia de creer,—decia uno,—que nn puñado de aventureros habia de poner en fuga á nuestro formidable ejército?

—Es que su caudillo,—decia otro,—es un hombre

superior. Su ingenio esclavizó el espíritu del gran Moctezuma; su osadía le ha hecho permanecer entre nosotros y mandarnos á pesar nuestro; su fortuna y su valor le acompaña por todas partes, y le hacen más temible que si trajese en su ayuda un ejército tan numeroso como las arenas de la gran laguna.

—Además, que el ejército de Hernan Cortés no es tan insignificante. Forman parte de él los tlascaltecas y algunos tezcucanos, y todas estas fuerzas, dirigidas por una voluntad enérgica, han de producir necesariamente fatales resultados para nosotros.

—Luego,—exclamaba otro,—como son ambiciosos, nada tienen que perder; y como saben que nosotros poseemos inmensas riquezas, luchan desesperadamente, y el valor de la desesperacion es el más invencible.

Hernan Cortés, despues de dar gracias á Dios por la nueva victoria que habia alcanzado, dictó las disposiciones convenientes para proseguir la marcha en direccion á Tlascala.

De esta manera terminó la célebre batalla de Otumba; una de las páginas más brillantes de la historia de la conquista del Nuevo Mundo, uno de los timbres más gloriosos de la vida del ilustre caudillo, y uno de los más ricos florones de su triunfante corona.